

folletos que han combatido la idea. Veo, reconozco, admiro el imponente suceso; doy gracias á Dios, y espero mucho para el mundo político.

¿Y qué os diré de la unidad? que habia desaparecido, señores, y con ella la brújula para los políticos, el Estado para los pueblos, y el aplomo para los gobiernos; pero que su reaparicion empezó á columbrarse un tanto, al través del suceso glorioso que nos ocupa.

¿Quién contará, quién analizará, ó dominará con su razon ese campo inmenso de combustibles ardiendo sobre el vasto suelo de la Europa, cuyos fuegos en oleadas reflejándose sobre ambos mares, vinieron á inflamar los mal apagados restos de nuestras pasiones políticas en esta parte del nuevo mundo? Desde aquel día para siempre memorable en que un pueblo inmenso dominado á la vez por la gratitud y por el entusiasmo, se precipitó sobre los muros del Quirinal, para felicitar á su nuevo Soberano, al cabo de seis meses de un gobierno franco y paternal, hasta esa otra época mas memorable todavía en que vimos postrado súbitamente desde su inmensa altura el trono de Luis Felipe de Orleans; es decir, en el brevísimo periodo de trece meses, toda la sociedad europea, como si hubiese atinado en sus invenciones con un rival que oponer al rápido curso de las edades, anduvo con su revolucion la carrera de dos siglos. Abriéronse repentinamente todas las esclusas que habian mantenido cerradas la prevision, el cálculo,

la política, la fuerza física y moral de la tierra; y como los vientos de la Fábula, se precipitaron de golpe por éstos mil conductos, todos los torrentes diversos, mal contenidos por medio siglo, de las locuras filosóficas y de las pasiones políticas; y al estruendo imponente y aterrador de la catástrofe, tembló la Italia, tembló la Europa, tembló el mundo. ¡Qué confusion, qué trastorno! ¡Qué maravillosa confluencia de elementos conjurados contra las esperanzas y la conservacion de la sociedad!... ¿Y Roma? ¿Y su insigne Soberano? ¿Y aquellas protestas entusiastas de adhesion y de amor que se le rendian? ¿y aquel gran movimiento, aquel no interrumpido progreso de triunfos, aquellas incesantes ovaciones, aquel patriótico y libre clamoreo que se cruzaba todos los días por las moradas de los Pontífices?... ¡Ah! la lengua se resiste á proseguir, y el ánimo, podria decir yo tambien, experimenta una secreta repugnancia para volver hácia tales recuerdos!

Roma, ese pueblo que tentaba incesantemente la imperturbable calma y la paciencia del nuevo Pontífice, para obtener su bendicion; que olvidaba los favores tan velozmente como los recibia; que condenado á vivir solo de aspiraciones, no veia lo que se le otorgaba, sino lo que el fanatismo de la situacion ponía sucesivamente delante de sus deseos: ese pueblo en cuyo corazon revivió, con el entusiasmo de la libertad, la noble fiereza de los Catones y la indómita osadía de los Brutos, sin el valor y constan-

las doctrinas abierta con la reforma y terminada en el socialismo; el catálogo de las constituciones políticas figurando en los recuerdos y tendiendo de nuevo á la vida; las revoluciones desastrosas y las guerras nacionales; los triunfos de la filosofía levantando sus monumentos aquí y allá sobre la indiferencia religiosa y los estragos de las costumbres; la palabra *progreso* resonando mágicamente para electrizar el entusiasmo de la multitud y someter la sociedad á la vida de las transiciones; las mas fuertes monarquías de la Europa recelando de la antigua lealtad, mal seguras en sus viejos títulos, poco satisfechas con sus tradiciones, desconfiando de sus ejércitos, y humillando su aristocracia indómita delante de las turbas y al incesante grito de la prensa. Fijaos en esa *jóven Alemania*, entrando en la madurez por los rápidos progresos de su obra, saboreando ya la realizacion de los designios que por mas de cincuenta años han ocupado sus vigiliassu talento y su accion, levantando ya la mano, digámoslo así, para pegar el fuego á la inmensa mina que tiene cebada bajo el asiento comun de la sociedad política y la sociedad religiosa: imaginaos, por último, ese porvenir en inmediato contacto con lo presente, y sin embargo, mas tenebroso que nunca para la prevision; esa Italia, antiguo domicilio de la libertad republicana, país clásico de los héroes, sepulcro del paganismo y trono de la cruz; esa Roma incomprendible que ha mantenido siempre en accion las ciencias, las letras y las artes; donde han

estado siempre reunidas todas las incertidumbres y todas las esperanzas; esa Roma, engrandecida por la religion, bañada con el esplendor de la gloria y con la sangre de los mártires, encantada por la poesía, respetada por la historia, temida por la política, embellecida por las artes, consagrada por los monumentos mas ilustres de todos los siglos, satirizada por la filosofía, combatida por la impiedad, compadecida por la ignorancia: considerad todo esto, en los momentos en que el Sr. Pio IX levanta su frente augusta, y dirige sobre el mundo aquella mirada misteriosa que al través de la tempestad pudo distinguir á un mismo tiempo esta rápida carrera de vicisitudes que las circunstancias preparaban á su persona, y por las cuales habian de andar á un mismo paso la Europa y el mundo. He puesto á vuestros ojos el cuadro: analizadle si podeis; sometedle en buena hora bajo el dominio del cálculo político. ¿De qué se trata, señores? ¿De un triunfo para el *statu quo*? ¿de un progreso mas para las aristocracias modernas? ¿de la realizacion final de una teoría política? ¿de la conversion de las masas en primeros agentes del orden y vehículos de la civilizacion? ¿del planteo definitivo de la democracia pura? ¿del divorcio entre los dos primeros elementos de la sociedad humana por la violenta separacion de los dos atributos que se reunen en los Pontífices, el poder espiritual y el poder temporal? ¿De qué se trata? vuelvo á deciros. Responded lo que querais. . . . Por lo que á mí toca, trátase de salvar

la sociedad en una gran crisis que la amenaza; trátase de que no perezcan inmolados juntamente, bajo el azote de las pasiones políticas, el orden y la libertad. Y para esto, ¿qué es necesario? Dominar la revolucion. ¿Cómo dominarla? “Filosofía, libertad, “democracia: he aquí la revolucion, dice un escritor “de nuestros tiempos; y la revolucion es una guerra activa y permanente contra todo principio y “autoridad, contra todo poder, contra todas las teocracias, contra todas las aristocracias, contra todas “las monarquías de la tierra. La revolucion es una “cosa mas grande, mas fuerte y mas indómita que “la fuerza física, es el pensamiento, la palabra, la “opinión y la prensa (1).” Y ¿no mas? Los filósofos partidarios hablan siempre á medias, porque hablan siempre con interés; los católicos lo dicen todo siempre, porque nunca tienen mas interés que el de la humanidad. La revolucion es tambien la muerte de las repúblicas, el patíbulo de las democracias mas bien organizadas; es una cosa que no se ha dicho, es la contradictoria viva de la fuerza moral. No hay fuerza moral saliendo del catolicismo; pero tampoco hay catolicismo, independiéndose del cielo. ¿Quién y por qué medios, pues, dominaria esa revolucion? Me concedereis á lo menos, que cada uno de sus elementos necesita de un contrario. Pero si la filosofía la engendra, ella no puede matarla; si la libertad la impulsa, esta no puede disminuirla; si la democracia la sostiene, la democra-

(1) MAZZINI. Obra citada.

cia es imponente contra la revolucion. Hay mas: la filosofía, luchando con la filosofía, pasa por el cisma de las opiniones á radicar el escepticismo; la libertad, en lucha con la libertad, atraviesa por lagos de sangre para llegar á la tumba; la democracia, combatiendo á la democracia, trae consigo infaliblemente la anarquía. Si, pues, la revolucion ha de ceder y no para la muerte, sino para la vida de la sociedad, es preciso buscar para cada uno de sus elementos una oposicion de salud, una cosa que destruya en ellos lo que mata, y conserve y afirme lo que vivifica y perfecciona; una cosa que, reduciendo á sus justos limites la filosofía, la libertad y la democracia, las haga entrar, por la reforma y no por el sepulcro, á la grande obra de la restauracion. Empéñome, señores, en hallar este antídoto de salud; en hallarle, porque ecsiste; mas no en inventarle, porque el mundo no vive de invenciones. Si ecsiste, le pido, no á los filósofos, cuya profesion al parecer es vivir en lo desconocido; no á los políticos, cuya gloria está cifrada en las combinaciones de las circunstancias; no á los guerreros, que presuponen un acuerdo á que obedecer, ó son unos furiosos armados contra la paz de las naciones; sino á la esperiencia de todos los siglos y á los resultados prácticos de todas las sociedades; le busco y.... (los filósofos se reirán)...le encuentro á pocos pasos. ¿Dónde? en la creencia, en la ley, en la autoridad. De aquí colijo dos cosas: primera, que la revolucion ponía en lucha de muerte á la filosofía

con la fé, á la libertad con la ley, á la democracia con la autoridad: sus triunfos por lo mismo no podían obrarse sino sobre el sepulcro de estos tres adversarios, y como el mundo no puede vivir sin creencias, sin ley y sin autoridad, preciso era esperar en ellas, ó resignarse con la inevitable muerte de todas las sociedades políticas. Pues bien, señores, y de buena gana me pongo en espectáculo ante todas las ironías de nuestro siglo, ninguno de esos tres elementos es hijo de la tierra. La fé viene del cielo, la autoridad viene del cielo. La fé, la ley y la autoridad, consideradas como elementos fecundos y universales para la sociedad política y la sociedad religiosa; he aquí al *catolicismo*: un Pontífice obrando con todo el poder del catolicismo sobre la revolucion europea: HE AQUÍ AL SR. PIO IX.

Señores, clame cuanto quiera el racionalismo, cada hombre trae á la tierra un destino providencial. ¿Quereis la prueba? Ved coincidir en el dilatado campo de las edades las apariciones de ciertos genios con las mas señaladas épocas en la diversa historia de las naciones. Ellos entran á ciegas, digámoslo así, en una carrera misteriosa; pero nunca salen de la vida sin dejar señalada con una huella de luz la senda gloriosa que anduvieron en la sociedad. “El hombre se agita, pero Dios le conduce;” y este pensamiento profundo, que nos recuerda el nombre y el genio del Arzobispo de Cambray, recoge con maravilla todo mi pensamiento.

Al cabo de tres años ya fenecidos, la mision política del Sr. Pio IX puede ser columbrada, y en verdad que lo que de ella va descubierto basta para encadenar hácia él la admiracion del mundo. El mismo hubiera retrocedido, si al inaugurarse sobre el trono que acababa de dejar con la vida el Sr. Gregorio XVI, la hubiese tenido en su presencia. Sin embargo de su gran fé, tal vez hubiera replicado, como el gefe del pueblo de Israel; ó como el príncipe de los Apóstoles, habria necesitado, para seguir marchando por las aguas, que le reprochase dulcemente su vacilacion el Arbitro de la naturaleza. El Sr. Pio IX trajo, pues, al mundo una mision sublime, pero que no puede ser vista toda, digamoslo así, sino por las generaciones que vienen, y á distancia de medio siglo. ¿Pudo, era dueño de seguir la política de sus predecesores en las circunstancias críticas en que el mundo todo le esperaba para estar *por él ó contra él*? No, señores: cambiando el teatro, varía la escena, y cierta política entonces, ejerciendo una presion violenta sobre un campo henchido de combustibles, hubiera hecho mas desesperada en sus funestísimos desastres la esplosion que era ya inevitable; y en verdad, que tres ó cuatro meses de un órden precario no hubieran compensado todas las anarquías, todas las revoluciones, todos los crímenes, que con la fuerza indómita de un torrente que rompe sus diques, iban á precipitarse muy en breve sobre todo el género humano. No vino, pues, el Sr. Pio IX á sos-

cia de los antiguos romanos; que todo lo poseía para conmovier y destruir, nada para ordenar y establecer; que adormecido y acostumbrado en sus gozes, sin comprenderlos, sin estimarlos, ni señalar su origen, solo se ocupaba en cambiar de posicion; ese pueblo en cuyo seno andaban luchando, con su radicalismo imponente el *statu quo*, con su cabeza volcánica el republicanismo europeo, y con sus ilusiones bellas y candorosas el partido liberal; que se movía en todas direcciones, sin adoptar definitivamente una línea; que fanatizó por un Rey-pontífice, para olvidar luego al Papa; que combatió al Papa, para librarse del Rey; que buscó en la secularizacion del gobierno lo que no acertaba á definir; que quiso constitucion, para ponerse á la moda, y se disgustó pronto de esa constitucion, porque no estaba de última, digámoslo así; que pidió libertad sin límites en las instituciones, en la imprenta, &c., &c., para gobernar por sí mismo; que ojeaba impaciente las páginas de la revolucion francesa, para echar la segunda edicion de esta historia deplorable; que muy pronto declaró incompatibles el *progreso* y el *Papa*; que... Basta... ¿A dónde iba este pueblo?—A la muerte.—¿Por dónde caminaba?—Por la anarquía.—¿De dónde habia partido?—Del cisma.

¿Y los otros Estados de la Italia? Aquí se afirma el despotismo; allí se desarrolla la tiranía; allí se hunde un trono; acullá una confederacion se inaugura; ora se pronostica todo para la república;

ora se promete mucho á los partidarios reaccionistas de las combatidas ó arruinadas monarquías. Las antiguas tradiciones descienden á la empeñada lucha y perecen luego á manos de las nuevas teorías; los viejos títulos de tantos soberanos se eclipsan entre las densas nubes que levanta la revolucion europea; las doctrinas se confunden, los políticos se desconciertan: nuevas generaciones parecen venir de momento á reemplazar á las de hoy. Todas las excisiones se preparan al combate; cada partido quiere reinar sobre la tempestad; y *la ciudad eterna*, en tan tremenda crisis, parece ir á la vanguardia de la muerte política con que es amenazada la Europa. ¡Políticos profundos, sagaces discurredores, soberbios filósofos, valientes y hábiles guerreros, venid, conjurad la borrasca, reincorporad tantas dispersiones sobre los antiguos cimientos de la sociedad europea: vosotros principalmente, los que lanzando una risa de lástima sobre los que veian ligada la suerte del mundo político á los destinos del catolicismo, os burlábais de su influjo, dirigiendo un fino cumplimiento á la venerable y augusta persona del Pontífice reinante (1); venid, acometed á la grande empresa: obrad una nueva creacion en medio de ese caos; decid con el énfasis que os es tan propio; *hágase la unidad*, y ya veremos si *la unidad es hecha*. ¡Vano esperar, católi-

(1) Véase la obra de *Andrés Luis Mazzini*, titulada: *De l'Italia dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne*: tom. II, part. 2., cap. V, pág. 193. (Ed. de Paris, 1847.)

cos! ¡inútil pedir! ¡Ah! si el Señor del cielo y de la tierra no ha de venir á levantar este edificio suntuoso en que compitan la elegancia y belleza de los pormenores con la unidad magestuosa del conjunto, los miserables y soberbios arquitectos políticos nunca lograrán por cierto, sino reproducir el fenómeno de aquella famosa Babel, cuyo recuerdo nos conserva la Historia santa como una infalible profecía, ó como una protesta viva del poder del cielo contra las locuras de la tierra. Si no me creis á mí, creed al Profeta, que es quien lo ha dicho, y á un Profeta que miraba el porvenir desde la altura de un trono, y que cantaba su impotencia, cuando ya se habia hecho famoso por haber postrado diez mil enemigos á su derecha y mil á su izquierda. David es quien habla: *Nisi Dominus ædificaverit domum in vanum laboraverunt qui ædificant eam* (1). Os alarmais frecuentemente por la suerte de la sociedad, y bien haceis, porque debemos amarla, como Jesucristo amaba á Jerusalén: mas poniendo vuestras esperanzas en el hombre, para que ella se salve, haceis mal, porque no es el hombre quien ha de salvar la sociedad: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (2). Quereis que el orden se conserve, y quereis bien, pues por aquí se camina á la felicidad; pero poneis mano á la obra ¡ó políticos! y obrais mal, comenzando por arrancar el uno del otro, esos dos elementos en cu-

(1) Ps. CXXVI. v. 1.

(2) Ibid. v. 2.

ya combinacion está el secreto de la vida social, el elemento político y el elemento religioso.

Por fortuna, señores, la suerte de la sociedad no depende de los políticos, sino de los pueblos; y si aun he de buscar la última esactitud en la expresion de mi pensamiento, no depende tampoco de los pueblos, sino de la Providencia. Dios castiga la obstinacion del orgullo político, del orgullo filosófico y el desenfreno de las masas indómitas, haciendo aparecer lo contrario de lo que imaginan, anuncian y se prometen, y convirtiendo los acontecimientos en un poder irresistible que burlando los cálculos y las previsiones, triunfe de la anarquía, domine las revueltas y restablezca el orden en la sociedad. Ved, si no, lo que de facto sucede: observad esas tendencias espontáneas y comunes á favorecer la causa del Pontífice; escuchad los ecos de las tribunas europeas y la voz de la prensa; notad ese movimiento religioso tan estrañamente improvisado en la época presente, esas conversiones políticas y morales que de todas partes nos vienen á sorprender; esa recelosa cautela con que se oyen y reciben las nuevas teorías; ese pudor nobilísimo de los grandes talentos desengañados, que vuelven á los caminos que habian pretendido no ha mucho borrar del campo de la investigacion; esos pareceres nuevos, esos libros nuevos, esos hombres nuevos, esa conducta nueva, esa Europa nueva que va reapareciendo con una sorprendente juventud en los instantes críticos en que debia estar sepul-

tada. ¿Que es esto, señores? La prueba práctica de que Dios ha retribuido á la sociedad con su acostumbrada magnificencia los homenages que ella le acababa de tributar en la persona del Sr. Pio IX.

Las tendencias de la Italia y de la Europa toda, solo sirvieron para vigorizar la inteligencia, llamando al genio hácia las verdaderas causas de los trastornos sociales. Las desgracias pudieron mas que los raciocinios, pero estos adquirieron un vigor que no se olvidará nunca, mientras puedan trasmitirse á la posteridad los ecos de todas las tribunas parlamentarias de Europa durante los dos años que van corridos. Montalembert y Donoso Cortés pueden perder su individualismo personal en la cuestion de la gloria, mas pasarán á los venideros siglos como los representantes natos de una restauracion universal.

Por esto dije tambien que con la vuelta del Sr. Pio IX, han tenido una solucion práctica todas las cuestiones pendientes que ha estado agitando la Europa, y ha recibido el mundo un escarmiento salvador, tan grande como él. Estos dos puntos fluyen con toda naturalidad de los sucesos que acabo de referiros, y su carácter de consecuencias nos relevan á vosotros y á mí, del empeño de una prueba especial, que prolongando mi discurso, reagravaria mas vuestra religiosa atencion.

Y despues de esto, ¿me filiaré yo, ministro del santuario, distribuidor de la verdad, siervo de la Providencia Divina, en alguna de esas escuelas

políticas que suponian á Pio IX árbitro de la situacion, y á la sociedad que gobernaba dispuesta favorablemente á cualquiera pensamiento que quisiese imprimir sobre ella su nuevo Soberano? ¿Diré con los unos, que dió un golpe mortal á las instituciones sagradas de sus antepasados, abriendo con imprevision y menos prudencia las mal cerradas puertas de la anarquía social? ¿Sostendré con los otros que Pio IX es el padre de las escuelas progresistas y ultra-liberales de nuestros tiempos? Dejad, señores, por Dios, dejad siquiera en esta vez, y por el lugar en que nos hallamos, estos vanos conceptos de la sabiduría humana: dejad que la filosofia y la vista microscópica de algunos políticos fecunde con su imaginacion el supuesto quimérico de que el Sr. Pio IX tuvo sometido á su voluntad directamente el destino de Roma, indirectamente el destino de Europa. No sintais, os ruego, de esta manera: desdeñad la cuestion política, venid á la cuestion providencial: abandonad el pequeño círculo de la libertad humana, fijaos en aquel círculo inmenso de los designios divinos. “*Yo condenaré la sabiduría del sabio y reprobaré la prudencia del prudente* (1).” ¿Sabeis, señores, quién es el autor de estas palabras? ¿os acordais con qué motivo fueron pronunciadas por la misma sabiduría eterna? ¿ignorais que son católicas y divinas, teniendo por lo mismo un sentido universal y apli-

(1) Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.—I Ad corint. I. v. 19.

caciones infinitas? Por lo que á mí toca, desde que he tenido la fortuna de abismarme con la fé en su adorable profundidad, han perdido sus prestigios para mi admiracion los partos ingeniosos de la filosofia y las esquisitas y orgullosas combinaciones de la política.

¿Por qué, señores, tan monstruosa confusion en los juicios diversos que ha formado esta sobre el carácter social de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX? ¿Me atreveré á decirlo? Fuera del templo, no; pero en esta cátedra sagrada, sí: los hombres casi juzgan mal, porque de ordinario juzgan sin luz y juzgan antes de tiempo; y las calificaciones inmaduras y presuntuosas son de ordinario el triste patrimonio de la filosofia.

Para la gloria del Sr. Pio IX, me basta salvar dos ideas que nadie puede poner en duda; la intachable rectitud de su proceder, y la bondad proverbial de su corazon. Nadie rehusa el reconocimiento de estos dos nobles atributos al carácter social del eminente y santo Pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Afirmaos, pues, en este punto de partida: contad con Dios para juzgar, como él contó con Dios para proceder: salvad los límites estrechos del pensamiento político, y penetrad por los reservatorios inmensos de los designios providenciales: contemplad bajo este solo aspecto al nuevo Pontífice en sus relaciones con el Estado político de la Europa. Yo me complazco, señores, en haceros esta noble invitacion, porque os llamo á contem-

plar el cuadro mas sublime que nos presenta la historia de las sociedades modernas. No ha mucho habeis visto al Sr. Pio IX colocado por su doble investidura entre los cielos y la tierra: vedle ahora situado en las mas altas cumbres de lo presente, entre los siglos que ya pasaron, y los siglos que se apresuran á venir: vedle aparecer en la primera silla de la Basilica, y sobre el trono de Roma, en los momentos en que reiterados temblores agitan al mundo político; en que un ruido misterioso le hace estremecer por sus destinos; en que las tinieblas descienden sobre la prevision, y la incertidumbre burla el talento y la sagacidad penetrante de los genios mas esclarecidos; en que un rey que parecia inamovible sobre el trono de Francia, siente que le empiezan á faltar los apoyos; en que el Austria se desconcierta, en que las cabezas mas bien organizadas de la diplomacia de hoy se desconciertan, y comienzan á vacilar; en que las relaciones de la Santa Sede ganan por una parte las simpatías del imperio de la Media luna, cuyos ódios habian quedado en pié desde el tiempo de las cruzadas, y desarman para la política de Roma las prevenciones del protestantismo, conquistando el corazon de la Gran Bretaña; en que la Europa conmovida, el mundo todo en crisis, clavan sus ojos en los muros del Quirinal, como para esperar la contraseña del grande sacudimiento que le amenaza; recoged todos los datos que pueden servir aquí para apreciar en su justo valor la gran crisis del orbe político: la lucha de